

EL VIAJE DE TATATUCK A LA MONTAÑA DE CRISTAL

Historia de enanos y de kobolds

1º

Érase una vez un enanito de las raíces que se llamaba Tatatuck. A menudo estaba solo y no tenía muchos compañeros entre los otros enanos, porque era muy tímido. Había pasado largos momentos, en primavera y en verano, estirando de las raíces bajo tierra para que las plantas y los árboles crecieran bien.

Ahora, el otoño estaba ahí, y el trabajo se hacía más escaso: Tatatuck le pidió al Señor de las raíces: “¿Puedo tener un día para pasearme, et ir un poco a través de las cuevas de la tierra? El Señor de las raíces dio su beneplácito. Mientras trabajaba con las raíces, el enano había absorbido muchas fuerzas del sol, de esas fuerzas que llegan, gota a gota, bajo tierra, a través de las flores de los prados, y su corazón de enanito se había vuelto un poco más valiente. Y por eso andaba ahora solito en dirección de una gran cueva de cristal, situada cerca de la cueva-castillo del rey de los enanitos. Tatatuck sabía que allí brillaban las piedras preciosas más bellas. Le gustaban las piedras preciosas por encima de todo. El año pasado, al querer un día echar un vistazo en esa cueva, para pedir trabajar allí, el Señor de las piedras preciosas lo había rechazado: “¡Tu no sabes más que golpear débilmente con tu martillito; vuelve a tu trabajo, a tirar de las raíces!” le había dicho. Pero ahora deseaba, a pesar de todo, volver a ver las bellas piedras preciosas. Puede que el Señor de las piedras preciosas no estuviese en casa.

Con pasos furtivos, Tatatuck se acercó a la entrada de la cueva. Se veían salir los rayos de una luz maravillosa. Pero de repente el Señor de las piedras preciosas se irguió frente a él y le dijo: “¡Vaya, mira quien está aquí de nuevo, Tatatuck! ¿Sigues siendo tan delicado cuando se trata de golpear? Escucha, valentón, ya que te pones de por medio te voy a confiar una misión. Me gustaría ver si sirves para algo. Puedes hacer por mí un viaje largo, por montes y valles. Andar te hará fuerte. Escúchame bien: vas a ir en dirección al sol levante. Entonces, llegarás al reino de las siete montañas. En la montaña más lejana se encuentran las piedras preciosas más puras y más finas del mundo. Si consigues traerme una de ellas, tendrás el derecho de ofrecérsela al rey, aquí, para su cueva de cristal. Te dirá en qué lugar puedes ponerla. ¡A ver, enséñame tu martillito!”

Tatatuck tendió su martillito al Señor de las piedras preciosas. Este apoyó su pulgar largo rato sobre él, y cuando lo retiró pudo verse un signo impreso. El Señor de las

pedras preciosas dijo: “Con este signo sobre tu martillo, nadie podrá detenerte ni impedirte seguir tu camino. Pero tendrás que defenderte a menudo. En los sombríos valles de las siete montañas habitan malvados kobolds. Esos canallas intentarán robarte tu martillito, Si lo pierdes no podrás volver con la piedra preciosa. ¡ No lo sueltes nunca por descuido, guárdalo siempre en tu mano, cogido firmemente; Si el camino te resulta demasiado difícil entre los kobolds, volverás sin la piedra. Más de uno tuvo que renunciar. El Señor de las raíces estará contento de que vuelvas a trabajar con él.”

Con estas palabras el Señor de las piedras preciosas le devolvió su martillito, deseándole buen viaje y desapareció en la gruta de las piedras preciosas.

El pequeño Tatatuck se quedó allí, mirando la huella del pulgar sobre su martillito y sin saber a ciencia cierta si debía alegrarse o asustarse. Tras un momento de reflexión decidió en su interior que iba a alegrarse. Dio algunos saltitos y después se puso en camino en dirección a la salida del sol.

En el momento en que Tatatuck iba a dejar el bosque, el Señor de las raíces surgió de detrás de un árbol. Le cerró el camino y gruñó: “¿A dónde quieres ir, Tatatuck? No tienes permiso para salir del bosque. Desciende rápido bajo las raíces de los abetos;”

Tatatuck siempre había obedecido a aquella voz. Dudó, pues, pero enseguida sacó su martillito diciendo: “Tengo que salir al mundo, al reino de las siete montañas, el Señor de las piedras preciosas me lo ha dicho. Mira, el Señor de las piedras preciosas ha hecho esta señal con su pulgar;” Tras decir estas palabras tendió su martillito al Señor de las raíces. Este lo examinó con mucha atención y mostró gran asombro : “¡Sí, así es en verdad; Y ¿qué tienes que ir a hacer allí?” - “Ir a la séptima montaña en busca de una piedra, y cuidar que no me roben el martillito” El Señor de las raíces afirmó con la cabeza y dijo: “ Dudo que llegues mucho más allá de la segunda montaña. Los kobolds de los valles son terribles. ¡Te deseo buen viaje;” Inmediatamente le devolvió su martillito mientras pensaba para sus adentros: “¡Yo sé de uno que estará muy contento de volver al trabajo de las raíces;”

Tatatuck, confiado, siguió su camino. Con su mano sujetaba firmemente su martillito dentro del bolsillo. El hacerlo le daba un poquito de valor.

LA PRIMERA MONTAÑA

Cuando Tatatuck salió del bosque, vio delante suyo alzarse una montaña, al otro extremo del valle. Un riachuelo fluía en el fondo del valle. El viajero buscó un lugar donde pudiese atravesar el agua. Un puentecito apareció de repente ante él. Se acercó y dijo:

“¡Puentecito, abre tu pasarela,
puentecito, deja libre la carretera!”

Entonces el puentecito hizo oír un chasquido, y al otro lado apareció un kobold . Tenía un ojo muy abierto y el otro medio cerrado. Al ver a Tatatuck, sonrió con una mueca, pero se dio cuenta en seguida de que tenía un martillito. Los kobolds no tienen martillitos, y por eso están ávidos por robárselos a los enanitos. El kobold le preguntó en seguida cuál era su nombre y se puso a halagarlo: “¡Ven de este lado, Tatatuck! ¿A dónde quieres ir?” Tatatuck contestó con educación: “Estoy de viaje y me gustaría seguir camino más allá de la montaña.” Con una voz dulce, toda miel, el kobold dijo: “¡qué bonito martillo llevas ahí! ¡Enséñamelo, por favor, por favor!”

Tatatuck , queriendo ser cortés, lo sacó del bolsillo, pero sujetándolo con firmeza justo por el sitio en el que estaba impresa la huella del pulgar. . El kobold pasó sus dedos helados parecidos a patas de araña sobre el martillito y siguió diciendo con voz halagadora : “ Pónmelo en la mano para que pruebe a ver si se golpea bien con él, por favor, por favor, por favor!” Como Tatatuck no lo soltaba el kobold bribón se enfadó de repente, tiró del martillo para arrancárselo, girándolo en todos sentidos, y arañó a Tatatuck con sus uñas. Entonces Tatatuck se liberó con una sacudida y le dio un golpe en la mano ganchuda con el martillito. El kobold bribón lanzó un grito y desapareció corriendo. Tatatuck estaba muy indignado por la desvergüenza de aquel bruto; pero se había dado cuenta de que la marca del pulgar había dado al martillito una gran fuerza. Lo metió de nuevo en su bolsillo y emprendió el camino que subía a la cima de la montaña.

LA SEGUNDA MONTAÑA

Tatatuck llegó a lo alto de la montaña de buen humor. Había superado la primera dificultad. Por el otro lado bajó a un estrecho vallecito. Por él corría un riachuelo formando numerosos meandros. ¿También aquí tenía que encontrar un puente? Pronto se encontró en medio de una espesa maleza de plantas trepadoras poco agradables. Cada vez era más difícil avanzar. Perdió la buena dirección. Pero de pronto tuvo una

idea: cogió el martillito, lo colocó sobre la palma abierta, con el mango hacia arriba, y pronunció bajito estas palabras: “ Martillito, querido martillito, ¡muéstrame el camino!”

Entonces el martillito se inclinó hacia la izquierda. Tatatuck siguió esa dirección y pronto encontró el modo de salir de la maleza y las zarzas. Oyó cada vez más próximo el sonido del agua y llegó de nuevo a un puentecito. No había nadie a la vista. Pero el puentecito era tan fino y estrecho que se balanceaba a impulsos del viento.

Amablemente le gritó:

¡Puentecito, sujeta bien tu pasarela,
puentecito, deja ver la recta el carretera!

Entonces el puentecito dejó oír un crujido, como si quisiera decir un “sí” ahogado y Tatatuck franqueó despacito la pasarela que se balanceaba. Apenas había llegado al otro extremo cuando surgió de detrás de un arbusto un kobold muy delgado que temblaba de manera curiosa. Arrastraba tras él una larga raíz a la que hacía serpentear alrededor suyo al tiempo que hablaba de manera agitada: “ Agá-ga-ga-rrate a mi ra-ra-raíz. Puedo mostrarte el ca-ca-camino.” Tatatuck pensó: “ Menuda desgracia la de este pillo, temblando de ese modo; pero es amable por su parte el querer mostrarme el camino de la montaña”.

Pero aquél, ¡ay!, era un kobold engañoso que dirigía hacia el bosque de espinos a todos los enanos que atraía con su raíz, hasta que quedaban enganchados en las zarzas de modo que no podían ni avanzar ni retroceder.

A penas Tatatuck se hubo cogido a la raíz con una mano cuando sintió que quedaba unido a ella sólidamente y que no podía soltarla. El kobold engañoso se echó a reír, burlón, se puso a temblar a más y mejor e intentó arrastrar a Tatatuck hacia el bosque de espinas. Y éste tuvo que seguirlo, a pesar suyo. Por suerte sólo se había agarrado a la raíz adherente con una mano. Con la mano libre cogió entonces el martillito y golpeó sobre su propia mano pegada. Un dolor intenso la atravesó, pero su mano tuvo la fuerza de soltar la raíz. El kobold engañoso pegó un grito, ya que él también sentía sus miembros como atravesados por fuego. Dando grandes brincos desapareció en el bosque de espinas. Tatatuck se frotó el moratón que se había hecho a sí mismo al darse el martillazo en la mano y pensó: “ Y ahora, ¿por dónde ir?”

“¡Ya sé!”. Puso su martillito sobre la mano, que todavía le dolía, y le preguntó en voz baja: “ Martillito, querido martillito, ¡enséñame el camino!”. Entonces lo mango

levantado se inclinó hacia la derecha, y Tatatuck encontró pronto el estrecho sendero que le permitió franquear la segunda montaña.

LA TERCERA MONTAÑA

Tatatuck bajó muy aliviado la otra vertiente de la montaña. Llegó a otro valle rocoso. Aquí los árboles no podían introducir sus raíces en la tierra; solo había rocas desnudas y calvas. El sendero conducía más abajo a una garganta. La noche caía y hacía frío. Empezó a lloviznar. Cuando llegó al riachuelo, un viejo tronco de árbol podrido estaba caído entre las dos orillas. ¿Será ese el puente? Tatatuck pensó: "Quiero ser bien educado." Dijo:

"Puente de tronco de árbol, buena pasarela,
¿quieres ayudarme a seguir mi carretera?"

Entonces se oyó un ruido, como si en el otro lado alguien hubiese dado un golpe sobre la madera con una piedra. Tatatuck atravesó prudentemente. No las tenía todas consigo. Por eso, con una mano, sujetaba fuertemente su martillito, mientras que con la otra balanceaba su brazo para mantener el equilibrio sobre el tronco podrido. Llegó al otro lado. La lluvia le chorreaba por la barba.

En la otra orilla, vio de pronto moverse bajo un saledizo rocoso a un kobold regordete en el que no había reparado hasta entonces. Era de color gris azulado, como la roca. Tenía una cabeza enorme plagada de todo tipo de pensamientos extraños, pues era un kobold muy astuto que enseguida se había apercebido de que el enanito llevaba un martillo muy especial y pensaba: "¡ Ese es para mí ¡ ". Entonces saludó a Tatatuck con estas palabras : " ¡ Pobre viajero estás helado y empapado ¡ Voy a mostrarte dónde está mi caverna, no lejos de aquí, para que puedas ponerte a cubierto de la lluvia. Además pronto se hará de noche. Así podrás dormir en ella tranquilamente hasta mañana ¡ ". Tatatuck pensó : " Es muy amable al invitarme a su cueva para que pueda secarme y dormir. " Le dio las gracias y siguió pesadamente a Cabezón hasta su cueva bien seca.

El kobold astuto explicó a Tatatuck : " Tú dormirás en el lado izquierdo de la gruta y yo en el derecho. Tu martillito puedes colocarlo allí al fondo en una grieta, para que no te moleste cuando estés acostado y quieras darte la vuelta." Mientras hablaba

mostró una pequeña grieta en la roca cerca de donde iban a acostarse. Tatatuck metió en ella su martillo y se preparó para el descanso. No lejos de él Kobold astuto se echó en el suelo boca abajo. Acababa Tatatuck de tumbarse cuando un sinfín de pensamientos diversos asaltaron su mente. ¿No le había dicho el Señor de las piedras preciosas que no soltase descuidadamente su martillo? Se levantó sin hacer ruido, volvió a sacarlo de la grieta y lo apretó contra sí. Y así se durmió, con la mano derecha puesta sobre su martillito.

A medianoche, mientras Tatatuck dormía profundamente, el kobold astuto se levantó. Con sus ojos de lechuza veía un poco en la oscuridad y se arrastró sin ruido hasta la grieta de la roca donde estaba seguro que iba a encontrar el martillo, mientras se decía para sí : “ ¡ Con este botín desapareceré enseguida y no volveré nunca más! “. Tras deslizarse hasta la grieta su mano ganchuda tanteó arriba y abajo... el martillo no estaba. “ ¿Ese pillo lo habrá vuelto a coger sin darme yo cuenta’? voy a sacárselo del bolsillo.

Como un sapo se acercó despacio al durmiente y hurgó en sus ropas con su mano fría. Tatatuck dormía profundamente. El kobold no encontró nada en el cinturón, nada en el bolsillo del costado.. Ahora sus dedos recorrían la mano del durmiente, apoyada en su pecho. Entre sueños Tatatuck creyó que un sapo se deslizaba realmente sobre él. Lanzó un grito sonoro, dio un salto y descubrió al tunante. El kobold astuto se dio tal susto que cayó rodando por el suelo hasta la entrada de la gruta y desapareció. Tatatuck permaneció sentado en el suelo y se dijo : “ ¡ Miserable ladrón ¡, quería despojarme de mi posesión más preciada “. No se atrevía a echarse nuevamente a dormir, pero el otro no volvió. Al alba Tatatuck emprendió de nuevo su viaje.

LA CUARTA MONTAÑA

Había algo que Tatatuck no sabía : Kobold astuto le había precedido durante la noche en su travesía de la montaña para ir a reunirse consu hermano, Kobold maloliente, en el valle siguiente. Juntos examinaron de qué manera podrían cogerle su martillito al enano viajero.

Kobold maloliente era un compañero muy sucio. Nunca se lavaba ni se limaba las uñas de las manos contra las piedras. Por eso olía peor que el estiércol de cochino. Estaba tan acostumbrado que ni se daba cuenta.

Kobold astuto le contó cómo había estado a punto de cogerle al enano el martillito en la gruta. “ ¡ Tienes que ayudarme ¡ Llegará sin duda esta mañana. Lo he visto con toda seguridad, su martillo lleva sobre el mango la marca de un pulgar de cristal. Podríamos utilizarlo para todo tipo de sortilegios y así dañar a otros. Cuando el pequeño lo tiene en su mano es incluso más fuerte que nosotros dos juntos.”

Kobold maloliente dijo arrastrando las palabras, con una voz blanda y gangosa :

“Podremos soplarle polvo marrón de pedo de lobo en los ojos; eso le cegará por un momento. ¡ Huu ¡ ¡ Cómo quema ¡ Se frotará los ojos con ambas manos y así podremos cogerle el martillo. “

Todo esto lo ignoraba Tatatuck cuando franqueó, lleno de valor, la cima de la tercera montaña. Esperaba que ya pronto no quedasen kobolds en este lugar solitario. En el estrecho valle al que llegó se extendía una ciénaga con barro. El suelo estaba entre fangoso y mojado, de modo que Tatatuck pronto tuvo dificultades para seguir avanzando. No se veía un puente por ninguna parte. Sin embargo vio en un lugar grandes piedras que sobresalían fuera del agua ; por allí podría sin duda atravesar. Tatatuck prudentemente inspeccionó con la mirada los alrededores. Nada se movía en la otra orilla; pero un hedor extraño, cuyo origen no podía precisar, le picó en la nariz. Saltó de una piedra a otra.

Apenas llegado al otro lado un tipo realmente curioso se le apareció de detrás de un montón de cañas: su cuerpo peludo estaba cubierto, de la cabeza a los pies, por una costra de suciedad. Le colgaban los mocos de la nariz y mostraba unos dientes de color marrón amarillento. Gruño más que dijo : “ Es peligroso pasearse por aquí. Podrías caerte en uno de los agujeros de la ciénaga.” Y cuando el kobold se le acercó, Tatatuck sintió que se le cortaba el aliento. Kobold maloliente hizo entonces con la mano que traía escondida a la espalda un movimiento rápido como el rayo y sopló la semilla marrón del champiñón en los ojos de Tatatuck , que al momento dejó de ver. La quemazón de sus ojos le hacía sufrir atrozmente.

Tatatuck sólo tenía un pensamiento : “ ¡ Mantener el martillo bien apretado en la mano ¡ “. A causa del dolor los ojos de Tatatuck se pusieron a llorar; pero ni una queja

salió de su boca. De pronto oyó una segunda voz que ya conocía. ¿No era ése el kobold astuto? Justamente decía a su compañero : “ ¡ Espera un poco. Pronto lo dejará caer ¡ “ Las lágrimas de Tatatuck habían limpiado sus ojos de una parte de las esporas de champiñón, de modo que podía ver de nuevo algo de luz. Se dirigió a la orilla del riachuelo y con la mano libre se lavó los ojos, que le quemaban todavía muchísimo. Lo principal, su vista, estaba a salvo. Los dolores disminuyeron. Cuando miró en torno suyo vio a los dos kobolds que le observaban y espiaban escondidos detrás de una roca. ¡ Que osen acercarse ¡ ¡ Un buen martillazo en la cabeza iba a darles ¡ Pero no se acercaron. Tatatuck colocó su martillo en la palma de la mano. Indicaba que la dirección a seguir era río arriba, y así lo hizo.

Más arriba la ciénaga se transformaba de nuevo en tierra firme y un sendero estrecho franqueaba la montaña. Los dos kobolds no intentaron seguirle. Kobold astuto dijo: “ Esperemos que vuelva ; tal vez podremos empujarle a un agujero lleno de barro y así lograremos arrancarle su martillito ¡ “

Tatatuck sobrepasó la cuarta montaña pensando : “ No he conocido a nadie peor que esos dos kobolds. “ por suerte había podido librarse de ellos y sus ojos ya no le hacían daño

LA QUINTA MONTAÑA

Cuando Tatatuck , prosiguiendo su viaje, descendió de nuevo a un valle, pensó : “Sólo me quedan dos montañas para llegar a la montaña de cristal. “ Se había dado cuenta de que las montañas, a medida que avanzaba en su viaje, eran cada vez más altas y los caminos cada vez más largos; pero también sentía que sus piernas se hacían cada vez más fuertes de tanto caminar. Así pues descendió lleno de valor al valle que, en lo más hondo, mostraba un bosque lleno de verdor. El torrente que corría al fondo formaba pequeñas cascadas y espumeantes remolinos. Se había levantado un fuerte viento que sacudía violentamente los árboles de las pendientes..

Cuando Tatatuck llegó al torrente no vio ni puente ni piedras que permitiesen atravesar el agua. No había paso a la vista ni río arriba ni río abajo. Recurrió de nuevo a su martillito y ¡ cuál no sería su sorpresa al ver que éste le indicaba exactamente la gran cascada que, con gran estruendo, se desplomaba desde lo alto de la roca justo enfrente

suyo; Pensó : “ ¡No es posible ¡ He sido yo que he puesto el mango de través. “ Así que pidió bajito : “ Martillito, querido martillito, ¿existe un camino? Por favor, muéstrame una pasarela. “

Y he aquí que el martillito volvió a señalar precisamente la cascada tumultuosa.

“ ¡ Tendré, pues, que dejarme arrastrar por esos torbellinos ¡ “, pensó Tatatuck.

Lentamente se dirigió hacia la gran cascada. De pronto observó que un estrecho sendero pasaba por debajo de la roca salediza, por detrás de la cascada, y que en las gotitas pulverizadas que revoloteaban por el aire se veían danzar a elfos del agua que le hacían señas de bienvenida. Se armó, pues, de valor, se agarró firmemente a su martillo y se metió por el sendero de la cascada. ¡ Qué ruido, qué rugido ¡ Los elfos del agua lo rodeaban danzando y girando hasta el punto de darle vértigo. Quiso sentarse un momento; pero el martillo no paraba de brincar en su mano; de modo que siguió su camino, paso a paso, para llegar al fin al otro lado, sano y salvo, al comienzo de una pradera en pendiente.

Pero, ¡ qué espectáculo le esperaba ¡ Flores arrancadas, tronchadas, cubrían el suelo. Las hojas de los arbustos desgarradas, las ramas rotas. Era el dominio de un kobold destrozón. De pronto Tatatuck lo vio, entre los árboles, pisoteando unas hermosas setas. El espantoso kobold lanzaba gritos salvajes. Vio a una ardilla que trepaba por un tronco, asustada, y desaparecía allá arriba en su nido. Pero el kobold destrozón también la había visto. Subió ágilmente en persecución de la ardilla, arrancando al pasar algunas piñas, que lanzó a un pájaro posado en una rama. El pájaro se echó a volar gritando, espantado.

El kobold destrozón, vestido de rojo, había conseguido atrapar a la ardilla. Tapó la entrada y la salida del nido con piñas, arrancó el nido y lo bajó al suelo. Gruñendo furiosamente empezó a destrozarse el nido. Sin poder hacer nada Tatatuck lo vio sacar a la pequeña ardilla, espantada, fuera de su refugio, cogerla por la nuca y empezar a arrancarle mechones de pelo. ¡ Era demasiado ¡ Saltó fuera de su escondrijo, corrió hacia el torturador de animales y le golpeó con su martillo sobre las patas destrozadas, sobre la joroba, por todas partes donde fue posible alcanzarle. El kobold destrozón se puso a aullar, soltó a la ardilla y desapareció chillando entre los árboles.

Nunca antes había sentido Tatatuck una cólera tamaña. Agotado se sentó sobre una piedra. Llena de pánico Ardilla había escapado hacia el bosque, pero ahora se

acercó de nuevo a su libertador. Se sentó sobre el musgo, a cierta distancia y se sentó sobre sus patitas traseras. Miró a Tatatuck con ojos llenos de reconocimiento y le dijo :

“Tú me has salvado. El me habría arrancado hasta el último mechón de pelo. Ya no puedo permanecer aquí. ¿ Puedo irme contigo ¿ ; Tú eres bueno ; “ Ardilla movía sus patitas delanteras, como suplicando.

A Tatatuck se le ocurrió de pronto que era estupendo tener un compañero, un amigo con el que poder hablar a lo largo de su camino solitario. Al decir que sí con la cabeza Ardilla saltó sobre sus rodillas. Tatatuck la acarició. El animal miró hacia el suelo del bosque donde quedaban algunos mechones de su pelo arrancado. Por suerte el kobold destrozón no había llegado a la cola. Tatatuck dijo : “ Tengo que realizar un largo viaje. Me quedan dos montañas que franquear. Si quieres acompañarme me alegraré mucho, pero el día declina y tenemos que encontrar un refugio para dormir. “ Ardilla respondió : “ El kobold destrozón sólo llega hasta aquí cuando se enfurece. Antes vivía aún más abajo en el valle. Ahora sube hasta aquí. Pero allá arriba, en la montaña, conozco una cueva tranquila. Allí estaremos bien para descansar esta noche. “ Tatatuck se levantó, y mientras caminaba, Ardilla saltaba alegremente a su lado.

Cuando los dos compañeros casi hubieron alcanzado la cresta de la montaña, Ardilla dijo : “ Ven, vamos hacia esa roca, conozco un sitio. “ Y llevó a Tatatuck a una pequeña gruta bien seca. En ella escondía antes sus avellanas. Cuando fuera el crepúsculo lanzó sus últimos resplandores, los dos se acostaron y se dispusieron a dormir. Tatatuck guardaba en su mano el martillo y su otro brazo lo ahuecó amablemente para que Ardilla se hiciera una bola en su interior. Cuando ambos se sintieron apaciguados, uno en compañía del otro, Tatatuck preguntó : “ ¿Tienes un nombre propio, Ardilla ¿ “ Ella respondió : “No, nadie me lo puso nunca “. El dijo : “ Yo me llamo Tatatuck y a ti voy a llamarte Cola-Roja “. Después le contó que iba de camino hacia la séptima montaña a fin de buscar una piedra preciosa para la gruta de los cristales del rey de los enanos. Cola-Roja murmuró, medio dormida : “ A lo mejor podré ayudarte en tu viaje “. Pero ni ella misma sabía en qué ni de qué manera.

LA SEXTA MONTAÑA

A la mañana siguiente Tatatuck se despertó en el momento en que Cola-roja se deslizaba por encima de su brazo y salía luego de la gruta para ver el tiempo que hacía. Quería ir en busca de una piña para desayunar. Tatatuck se levantó y se alegró al pensar : “ El camino pronto será de bajada y ya habré franqueado la sexta montaña. Hoy mismo la montaña de cristal quedará a la vista “. Cuando Ardilla volvió con su piña, mordisqueando piñones, le preguntó a Tatatuck : “ ¿Quieres compartir mi comida ¿ “ Pero Tatatuck se echó a reír y dijo : “ Durante el verano he chupado tanta luz dorada del sol a través de las raíces que me basta para todo el invierno “. A Ardilla le costaba comprender una cosa así y pensó . “ Después de todo es un enano y los enanos tienen otras costumbres. “

Tardaron poco en escalar juntos lo que les quedaba de camino desde la gruta a la cima ; pero aun así fue más largo de lo que Tatatuck había previsto. Al llegar arriba Ardilla se subió a un árbol, miró hacia abajo al valle y anunció : “ Veo un montaña dentada con muchos picos rocosos. ¡ El valle, abajo, está encajonado como una garganta; “

A medida que bajaban por el sendero los árboles escaseaban. El suelo se hacía pedregoso. De repente oyeron rodar y entrecocar piedras que se desprendían y rodaban por la pendiente. Cola-Roja preguntó : “ ¿ Hay ahí arriba kobolds que desprenden las piedras y las hacen rodar pendiente abajo ? “ Tatatuck respondió : “ No se ve a nadie, vayamos con cuidado “ . Apretó muy fuerte el martillito y dijo : “ Cola-Roja, quédate cerca de mí . Vamos a bajar en zig-zag por el camino para poder ver a tiempo las piedras que ruedan. “ De repente el martillito dio un salto violento en la mano de Tatatuck . Este se paró en seco. Era una señal, pero, ¿ de qué ?

Ardilla alzó los ojos hacia él y también se detuvo. En ese instante una avalancha de pedruscos pasó por delante de ellos y descendió hacia las profundidades con un retumbar atronador. Si hubieran dado un paso más los hubiera arrastrados a ellos también. Por un breve instante Tatatuck pudo ver en las alturas a los dos kobold responsables de esos desprendimientos atronadores.. Cuando las piedras acabaron de caer, hasta el más pequeño guijarro, Tatatuck reemprendió el camino. Cogió en su brazo a Cola-Roja, que temblaba de miedo, y pensó : “ El martillo nos ha salvado, no me abandona “. Tatatuck sintió que le volvía el valor.

Cuando llegaron a la garganta se encontraron con un curso de agua muy extraño. Unas veces el agua llegaba en una ola impetuosa y poderosa ; otras, el agua corría

apenas, para hacerse de nuevo torrencial al momento siguiente. Tatatuck se subió con Cola-Roja sobre una roca de la orilla. Observó el agua, que bajaba a borbotones y luego marcaba una pausa. Se dio cuenta de que siempre llegaba en seis olas sucesivas y luego había una pausa un poco más larga, de modo que podía elegirse ese momento para atravesar el lecho del río casi vacío, antes de la llegada de un nuevo aflujo de agua. Le dijo a la ardilla : “ Cola-Roja, sujétate bien a mi costado, pues tendré que echarme a correr de repente “. Luego contó hasta seis y cuando la corriente se detuvo echó a correr a más y mejor. Apenas llegados al otro lado, el agua pasó rugiendo tras ellos de nuevo.

Al volverse, Tatatuck vio a un kobold rojo y a otro verde de pie sobre la roca en la que habían permanecido sentados un momento antes. Los amenazaban con el puño, los injuriaban e insultaban con feos palabras. Pero no se atrevieron a perseguirles más allá del agua tumultuosa. Encolerizados los dos kobold se enzarzaron en una pelea, tirándose de los pelos, lanzando juramentos a diestro y siniestro y, finalmente, rodando por el suelo. Ardilla dijo : “ ¡ Qué tipos tan horribles ¡ “ Tatatuck respondió : “ Son unos kobolds malos y peleones, que buscan querella y disfrutan destruyendo . ¡ Por eso gritan juramentos e insultos ¡ Sigamos.”

Con dificultad subieron por el sendero que franqueaba la sexta montaña. Al otro lado de la cima no se oía rodar ni una sola piedra.

Cuando traspasaron la cresta era mediodía pasado. Una vista magnífica se abrió ante ellos : la séptima montaña se alzaba, majestuosa en su belleza, por encima de un gran lago de aguas límpidas en el que se reflejaba con tonalidades de un azul profundo. Aquí y allá destellaban luces misteriosas. El corazón de Tatatuck dio un salto de gozo en su pecho : “ Sin duda son las grutas de piedras preciosas “. Ardilla midió con la mirada la extensión del lago y dijo : “ Tatatuck , ¿cómo vas a atravesar toda esa agua? “ Tatatuck respondió : “ Todavía lo ignoro, pero mi martillo hasta ahora siempre me ha ayudado. Espero que siga haciéndolo. “

Así que los dos emprendieron la bajada desde lo alto de la montaña hasta el valle del gran lago. Todo estaba en calma, ni un soplo de aire, ni una ola que ondulase la superficie del agua. No lejos de la orilla florecían nenúfares blancos y rosados. Pececillos dorados y plateados nadaban en torno a ellos. A medida que se acercaban al lago los árboles se hacían más escasos. Frondosos arbustos crecían hasta la misma orilla. El sol indicaba que el atardecer llegaba a su fin. Tatatuck estaba como hechizado contemplando el paisaje y no se dio cuenta de que Ardilla corría arriba y abajo por la

orilla, como buscando algo. Se sentó sobre una piedra y dejó de pensar en todas las aventuras pasadas con los malvados kobolds. Aquí reinaban la paz y la luz silenciosa y eterna.

Tatatuck ignoraba que, allí abajo, donde las montaña se transformaba en sombrías masas rocosas, vivía un kobold gigante, completamente negro. Era en realidad un gigante que espiaba la llegada de cada buscador de piedras preciosas para precipitarlo en el lago. Tenía una larga pértiga con la que podía echar a pique cada barca que se aproximase. Tatatuck sólo veía la belleza del mundo. De pronto oyó los gritos agudos de Ardilla que se aproximaba.

“ ¿Qué te ocurre Cola-Roja?” – “ ¡ He encontrado una barca, una barca pequeña; ¡Ven a ver; “

Tatatuck se levantó y la siguió. La embarcación se encontraba en una rada, rodeada de arbustos floridos. No tenía remos. La habían sacado a medias fuera del agua y estaba llena de agua de lluvia. Tatatuck se puso a achicarla con sus manos. Ardilla buscaba un remo por todas partes, pero en ningún sitio se veía nada parecido. Cuando la pequeña barca quedó vacía Tatatuck se puso, él también, a buscar un remo, pero fue en vano. De pronto Ardilla dijo : “ Embarquemos, puedo remar en la parte de atrás de la barca con mi cola.”

Y se subió a ella. Tatatuck empujó la barca al agua y se metió dentro. Ardilla agitó su cola tanto y tan bien que el barco empezó a bogar suavemente por el lago. Pronto el sol iba a ponerse y hacía surgir mágicamente nubes de un dorado brillante que se reflejaban en el agua.

Un cuervo llegó volando desde la montaña azul. Voló en círculos alrededor de la barca. Entre sus graznidos Tatatuck oyó claramente estas palabras : “ ¡No vayáis ahora a la montaña ¡ El kobold negro gigante está despierto. Echaré a pique vuestra barca. Vigila por la noche y se duerme al llegar el día, cuando el sol aparece. ¡ Croa-croa, no vayáis ahora a la montaña ¡ Tatatuck hizo un gesto de agradecimiento al cuervo y dijo : “ Cola-Roja, deja de remar. Dejaremos pasar la noche. En este momento la montaña es peligrosa. Creo que podemos dormir aquí, en el barco, en medio del lago. Sin duda estás cansada de tanto remar. “ Cuando Ardilla se tendió en el fondo de la barca su fatiga era tal que apenas sentía su cola. También Tatatuck se preparó para descansar y pronto el animalito dormía en sus brazos; pero él vio cómo la luz se apagaba poco a poco en las nubes y cómo se encendían las primeras estrellas. Contempló largo rato la montaña

envuelta en las tinieblas de la noche y cómo en ella aparecían aquí y allá como destellos de estrellas. Pero él sabía que era el brillo de las piedras preciosas. Entonces una estrella fugaz cayó sobre la montaña, resplandeció un instante cerca de la cima y luego se apagó. Tatatuck se durmió también dulcemente en la noche estrellada.

LA MONTAÑA DE CRISTAL

Por la mañana Tatatuck se despertó a la salida del sol, mientras la ardilla se mantenía erguida sobre sus patas traseras encima de su brazo guiñando los ojos en todas direcciones. “ Buenos días, Cola-Roja, dijo, ¿ves algo especial?” – “ No, todo está claro y limpio, no hay traza del kobold negro. Voy a remar en dirección a la montaña. “ La barquita se puso en movimiento. Tatatuck observó la montaña. En la base vio algunos escollos negros y abruptos. No había ninguna orilla plana en la que poder sacar la barca del agua. ¿Podría siquiera abordarla? Sacó su martillito, pero el martillo no mostró nada. Y Tatatuck pensó : “ Mejor así. Debo encontrar la solución por mí mismo.”

En el punto en que el lago tocaba la montaña había arrecifes que sobresalían del agua. Muchos quedaban traidoramente ocultos por las aguas límpidas y hubieran podido estropear la barca. Tatatuck inclinó la cabeza por encima de la proa para descubrir a tiempo tales rocas en el agua clara. Ardilla agitaba su cola lentamente y Tatatuck guiaba delante con sus manos. Una vez llegado cerca de la montaña se agarró a un escollo puntiagudo y arrimó la barca a la roca. Entonces dijo : “ Cola-Roja, es preciso que te quedes en la barca y la mantengas pegada a la montaña. Mientras tanto yo escalaré el acantilado . Un poco más arriba la pendiente es practicable. En cuanto encuentre un bonito cristal, volveré. “

Ardilla se sujetó a la roca con sus dos patitas pues no tenía nada para amarrarse a ella. Tatatuck empezó a subir, cada vez más arriba. Una vez superado el acantilado abrupto vio la montaña alzarse ante él con toda su belleza. Magníficas venas rocosas de todos los colores recorrían el azul oscuro de la piedra. La primera gruta de cristales se abrió ante él, llena de cristales violeta. Eran transparentes, sin mancha. ¿Debía coger de ahí un hermoso cristal, precavidamente con la ayuda de su martillo, y volver luego deprisa a donde esperaba la ardilla en la barca? No, pensó Tatatuck, siempre puedo volver y cogerlo con mi martillo más tarde. Primero tengo que ir a visitar las otras grutas.

Continuó subiendo y llegó a la vista de maravillosos cristales rojos como rubíes. ¡Qué hermosos son ¡, pensó. Parecen brasas. Se disponía ya a separar uno con la ayuda de su martillito, cuando le venció el anhelo de subir aún más alto. Encontró una gruta donde todo eran destellos naranja y oro, claros como los rayos del sol. ¿Debo llevarme éstos? Sacó del bolsillo su martillo, embriagado por la pura belleza de la luz. Pero en el momento de golpear, dudó, volvió a guardar su martillo y se puso a caminar hacia lo alto.

Tatatuck se olvidó de que el tiempo pasaba, se olvidó del kobold gigante, de la ardilla y de la barca, tan grande era su embeleso ante el esplendor de esas grutas de cristales. En la gruta siguiente se encontraban agrupados cristales incoloros, transparentes, que formaban como palacetes de cristal. ¡ OH, si hubiera podido llevar uno de éstos, que nada empañaba, al Señor de los cristales ¡ ¡Cómo se habría alegrado ¡Tatatuck volvió a sacar el martillo. De pronto recordó que en su sueño había visto una estrella fugaz que descendía sobre la cima de la montaña. ¿Era un signo, tal vez? Una vez más reemprendió su camino hacia lo más alto de la montaña.

Ya el sol había subido muy arriba en el cielo. La mañana tocaba a su fin. Ante su ojos se abrió entonces una gruta de cristales verdes; sobre las puntas había algo parecido a caperuzas rosas. Al lado había otros de color azul cielo.

“ ¡ Estos son los más hermosos ¡ “, y sacó su martillito. Pero, ¿era esta gruta la situada en el punto más elevado? Alzó la mirada y le pareció que más arriba había otra más. De nuevo guardó el martillo en su bolsillo y caminó en dirección a la cima. De pronto tuvo la impresión de que la montaña tenía un ojo. Era la más alta de las grutas de piedras preciosas. Le quedaba todavía por subir un buen tramo de montaña. ¿Debía contentarse con lo ya visto? Pronto el sol llegaría a su cenit. Por la tarde se despertaría el Gran Kobold . Y de pronto se acordó de Ardilla y de la barca arrimadas a la roca.

¿Podría el animalito permanecer agarrado al escollo, con la barca, tanto tiempo? Pero algo, dentro de Tatatuck le impulsaba a seguir subiendo; porque allá arriba justamente, cerca del ojo de la montaña había visto resplandecer a la estrella de su sueño. Se apresuró para llegar lo antes posible a la cima. Cuando alcanzó la entrada de la gruta más elevada, permaneció como clavado en el suelo. En el interior brillaban agrupados cristales con los siete colores del arco iris. En el extremo exterior estaba el cristal violeta, después el rojo rubí, después el naranja, el amarillo dorado, el verde, el azul cielo y el azul oscuro. Se apretaban uno contra otro como el arco de una pequeña corona de cristal. Tatatuck se acercó con gran solemnidad y dijo para sí muy bajo :

¡ Monte de cristal, regálame una piedra
para que pueda ofrecérsela al rey a mi vuelta ¡

Un cálido son resonó en la caverna, como si el monte quisiera decir : “ ¡Sírvete¡” Tatatuck martilleó cuidadosamente en la base el arco de una corona de cristales particularmente bella. ¡ Ninguna punta debía romperse ¡ Se olvidó de que afuera el sol alcanzaba su cenit e hizo saltar esquirla de piedra tras esquirla de piedra. De pronto se formó una pequeña grieta, justo en el sitio donde el cristal debía separarse del resto. Como si la montaña hubiera querido aportar su ayuda. Tatatuck dejó el martillo en el suelo y con ambas manos tiró, moviéndola prudentemente, de la corona de cristales. Y de improviso le vino, luminosa, a las manos. Caminando con precaución inició con ella la bajada. Ya que, sobre todo, debía evitar caerse, de lo contrario los cristales podrían dañarse. Muy lejos, a sus pies, vio el lago y el lugar donde se escondía la pequeña barca. Cuando Tatatuck llegó por fin a lo alto del acantilado, desde donde podía ver la orilla, abajo, no vio ni rastro de la barquita.

Ardilla había permanecido agarrada a la roca durante horas; luego la fatiga la invadió hasta el punto de tener que soltarse un momento para descansar. Y al momento se había quedado dormida en la barca. Un ligero vientecillo había empujado a la embarcación al centro del lago. Tatatuck sintió verdadero pánico cuando, al pasear su mirada sobre el agua, vio a lo lejos la barca, tan pequeña como una cáscara de nuez. Con voz fuerte y aguda la llamó : “ ¡ Cola-Roja ¡” Inmediatamente la barquita comenzó a balancearse. Ardilla había oído su llamada y se acercaba remando. Pero alguien más había escuchado aquel grito : el kobold gigante. Justo empezaba a despertarse. Levantó la cabeza, miró a lo alto de la montaña, miró al lago. Una roca que sobresalía le impedía ver la barca. No estaba muy seguro de donde venía aquella especie de grito que acababa de escuchar. Gruñó : “ ¿Ha sido la corneja de la montaña?” Y volvió a tumbarse.

Mientras tanto Tatatuck había llegado al pie del acantilado. La barca se acercó. Cuando Ardilla vio brillar la hermosa corona de cristales, tal fue su admiración que se olvidó de disculparse por haberse quedado dormida. Se agarró fuertemente a la roca puntiaguda para que Tatatuck pudiera embarcar sin demasiado balanceo. Su rostro irradiaba tal alegría que él mismo brillaba como un cristal. Justo cuando impulsaba la barca para alejarse, Ardilla preguntó de repente : “ Tatatuck , ¿dónde está tu martillo? “

– “ ¡Cielo santo¡ ¡Lo he olvidado arriba, en la gruta de la montaña ¡ “

Tatatuck depositó la corona de cristal en el fondo de la barca, saltó sobre la roca y se puso a escalar tan deprisa como le era posible. Nunca en toda su vida había corrido tanto. En un momento dado cayó al suelo y algunas piedras rodaron por la pendiente. El kobold gigante levantó la cabeza y se dijo : “ ¿Será la corneja de la montaña que araña otra vez la roca para atrapar escarabajos? “

Permaneció sentado y miró fijamente hacia lo alto de la montaña. Tatatuck había conseguido llegar arriba. Recogió su martillito y lo apretó contra sí, diciendo : “ ¡ No volveré a olvidarte nunca más ¡ “, y lo metió en el bolsillo. No se dio ni un segundo de respiro, pero al bajar se apresuró con moderación pues pensaba que las piedras sueltas podrían delatar su presencia.

El kobold gigante se aburría con el calor. Se levantó y se estiró, con la intención de empezar su ronda de vigilancia alrededor de la montaña-isla. Su larga pértiga le servía de bastón. Desgraciadamente se dirigió, arrastrando los pies , hacia el lugar donde esperaba Ardilla con la barca. En ese momento Tatatuck descendía presuroso el último tramo en pendiente y comenzaba a bajar por las rocas cuando el kobold gigante lo vio. Gruñó : “ ¡ Eso no es una corneja ¡ ¡ Un pícaro, un pillo ¡ “ Y a grandes zancadas se dirigió hacia el acantilado. En ese momento Tatatuck estaba subiendo a la barca y daba un fuerte empujón para separar la barca de la roca. Ardilla comenzó a remar como una loca. Kobold Gigante levantó su bastón y dio un fuerte golpe con él, abajo en el agua. Se alzaron olas de todos lados; pero la barquita se había alejado ya de la orilla y no podía alcanzarla. Sin embargo se balanceaba de una manera inquietante y parecía a punto de volcar.

Gran Kobold se puso a rugir y levantó su pértiga. La ardilla remó aún con más energía. El gran kobold cogió entonces una roca enorme, pero, enfurecido, no afinó la puntería. La roca cayó en el agua lejos de la barca. Volvió a rugir, cogió un puñado de guijarros y los lanzó a lo lejos, al lago, tantos que el agua saltó en surtidores por todas partes. Pero tuvo que renunciar, pues vio que la barquita bogaba ya fuera del alcance de sus piedras. De pronto se oyó un enorme crujido. Y Tatatuck vio cómo el gran kobold , encolerizado, rompía su pértiga de madera contra las rocas.

Cuando la barca se encontró fuera de peligro, Ardilla, agotada, dejó de remar. Se echó en el fondo de la barca, respirando violentamente y con las patitas tiesas, Creyó que iba a morir. Tatatuck acarició su pelaje diciendo : “ Cola-Roja, tú has salvado mi cristal. ¡ Gracias, gracias ¡ “ Al cabo de un rato la ardilla recuperó el aliento. Tatatuck la acarició

de nuevo y le dijo: “ Cola-Roja, pídemelo lo que quieras. “ El animalito susurró : “ permanecer siempre a tu lado, Tatatuck? “

Al fin Ardilla recobró fuerzas. Hizo el resto de la travesía remando despacito. Tatatuck había puesto el cristal sobre las rodillas y hundía en sus bellos colores de arco iris una mirada llena de asombro. Cuando volvió a mirar a la montaña de cristal, al otro extremo del lago, vio que nubes oscuras se alzaban balanceándose desde abajo. La barca alcanzó la seguridad de la orilla. El sol llegaba a su ocaso. Tatatuck dijo : “ Cola-Roja, esta noche volveremos a dormir en la barca. Tiemblo todavía al recordar lo que nos ha tocado vivir este día.

¡ Ha sido el día más horrible y también el más hermoso de mi vida ¡ “ Sacó la barca completamente a tierra firme y Ardilla fue a buscar al bosque una piña para cenar.

Cuando volvió encontró a Tatatuck dormido en la barca, con el cristal sobre el pecho y ambas manos cruzadas por encima. El sol desapareció tras la montaña azul. Llenas de misterio las grutas de cristal brillaban por encima de la niebla. Ardilla se enroscó también en el fondo de la barca y pensó que era maravilloso viajar con Tatatuck.

ENTRE LOS KOBOLDS PELEONES

Al día siguiente por la mañana, cuando Tatatuck y Ardilla dejaron el lugar en el que habían descansado, se preguntaron si podrían librarse más fácilmente de todos los kobolds a la vuelta que a la ida. Tatatuck propuso : “ Llevaré el cristal en la mano, delante de nosotros. Su brillo es inigualable. A lo mejor les gusta a los kobolds. “ Ardilla respondió : “ Si no me equivoco tú has crecido en todos los sentidos en el transcurso de tu viaje a la montaña de cristal. Debido, sin duda, al largo camino que has recorrido subiendo y bajando. “

En efecto, Tatatuck mismo se sentía mucho más fuerte y valiente que antes, y así fue como los dos, de buen humor, iniciaron en sentido inverso el camino que franqueaba la sexta montaña.

En el valle en estrecha garganta, los dos kobolds peleones espían y esperan que alguien pase para pelearse y reñir con él. El verde le dijo al rojo : “ ¡ Qué vida tan aburrida cuando no hay nadie a mano para disputarse ¡ “

Al oír esas palabras el rojo le dio al verde un puñetazo en la cabeza. El verde le devolvió el golpe y, al poco, ya estaban los dos enzarzados en una pelea, revolcándose en el suelo. Se mordían en los brazos, se tiraban del pelo. Al cabo de un rato cada cual fue a sentarse a un rincón enfadado de verás con el otro.

Justo en ese momento Tatatuck y Ardilla llegaban al río sin puente, el que corría en seis oleadas sucesivas y después hacía una pequeña pausa. Como ya tenían práctica alcanzaron la otra orilla sin mojarse. Kobold rojo dijo : “¡Alguien viene!” Kobold verde corrió hacia él. Se prepararon para atacar con sus manos ganchudas y, escondidos detrás de una gran roca, se quedaron mirando fijamente hacia el sendero que bajaba. ¿Qué era aquello? Un extraño resplandor coloreado se aproximaba, en nada parecido a lo visto hasta entonces. Ambos dejaron caer sus manos a los costados y adelantaron la cabeza para ver mejor el cristal. Sus ojos astutos se agrandaron. Abrieron la boca de par en par como queriendo absorber la luz de color arco iris.

Tatatuck había visto a los dos compadres y observado su asombro maravillado. Se detuvo y levantó un poco más arriba el cristal. Entonces, los dos kobolds salieron de su escondrijo tambaleándose. Ardilla trepó muy deprisa al hombro de Tatatuck y miró a los dos tipejos con ojos desconfiados. Pero Tatatuck se dio cuenta de que estaban bajo el hechizo del cristal y los dejó acercarse. El rojo dijo en un suspiro : “ ¡ Oh, qué hermoso es ¡ “ El verde repitió tras él : “¡Hermoso!” Era la primera vez en su vida, desde hacía mucho, mucho tiempo atrás, que decían que algo era hermoso. El rojo volvió a dirigirse a Tatatuck :

“¿Podemos seguirte un poquito? Nos aburrimos tanto en este valle que tenemos que matar el tiempo peleándonos entre nosotros. “ El verde repitió después : “ Abu-u-rri-do. “

Tatatuck miró sus manos ganchudas y pensó : “ Justo lo que hace falta para estirar de las raíces. “ Respondió : “ Si abandonáis vuestra mala costumbre de pelearos podéis venir con nosotros. Tal vez pueda darles a vuestras manos alguna ocupación. “ Entonces el rojo hizo una mueca, que quería ser sonrisa, y le dijo al verde : “ ¡Anda, tú, dice que tiene algo en que poder ocupar nuestras manos. Vamos a seguirle ¡ “ Y así fue como cuatro personajes franquearon la quinta montaña y descendieron al valle siguiente. A la cabeza iba Tatatuck , a su lado Cola-Roja; el verde y el rojo seguían detrás, cojeando, cogidos de la mano.

EN CASA DEL KOBOLD DESTROZON

Cuando este singular cortejo hubo pasado la cresta de la quinta montaña para bajar al valle, Ardilla empezó a ponerse cada vez más nerviosa y dijo : “ ¡ Ay, ay, Tatatuck , estamos de nuevo en los dominios del kobold destrozón, el que destruyó mi nido y me arrancó mechones de pelo ¡ “ Tatatuck respondió : “ ¡ No tengas miedo ¡ Le pegué tan fuerte en las patas con mi martillo, que al día de hoy todavía le duelen. “ Atravesaron el bosquecillo y llegaron al prado devastado. Todas las hojas de los árboles, o casi, habían sido arrancadas ; todas las setas pisoteadas y hundidas en la tierra.

Pero kobold destrozón había oído ruido de voces y pasos. Se escondió al borde del camino para atacar a los que pasaban. Al echar un vistazo entre las piedras vio el cristal color arco iris que Tatatuck sostenía delante de su pecho. Echó a caminar lentamente, con las manos extendidas, en dirección al cristal de Tatatuck . Lanzando un silbido de pánico Ardilla se escondió detrás de su amigo. Pero, ¡ oh , sorpresa ¡ Apenas la luz de los cristales hubo iluminado las garras curvadas de Kobold destrozón, éstas se tensaron y empezaron a temblar ligeramente. Sus ojos y su boca se abrieron de par en par y empezó a jadear.

Kobold rojo y Kobold verde se le acercaron y lo sujetaron con fuerza. Entonces, de repente, Kobold destrozón empezó a estornudar de un modo terrible, tanto, que acabó por caerse de narices y tuvo que sujetarse al suelo. Tatatuck pensó : “ Eso le hace bien. Al estornudar echa fuera todo el desorden que tiene dentro de sí. “ Después de haberse limpiado la nariz en la hierba, Kobold destrozón se puso de pie. Kobold rojo le dijo : “ ¡ Ven tú también con nosotros ¡ Tatatuck tiene un trabajo para que tengamos nuestras manos ocupadas. “ Una vez más, Kobold destrozón tendió sus manos hacia el cristal. Ya le temblaban menos que antes. Dijo a Tatatuck : “ ¿ Tendrías alguna ocupación para mí ?” Tatatuck respondió : “ ¡ Síguenos ¡ Algo encontraremos. “ Y así fue como Kobold destrozón se unió al cortejo y trotó detrás de los otros. Cola-Roja caminaba al lado de Tatatuck ; pero de vez en cuando echaba un vistazo hacia atrás, para asegurarse de que la furia no volvía a apoderarse de las manos de Kobold destrozón. Pero no ocurrió nada parecido.

Llegaron a la gran cascada, tras la cual continuaba el camino. De repente Kobold destrozón empezó a aullar : “ ¡ No puedo pasar por ahí ¡ ¡ Los elfos del agua me arrojarán

al remolino ¡ ¡ Tengo miedo, Au ¡ ¡ Auauauh ¡ “ entonces Kobold rojo lo agarró por la mano derecha, Kobold verde por la izquierda, y los dos lo llevaron detrás de Tatatuck por el sendero de la cascada. Y ya el camino empezaba a ascender de nuevo hacia la cuarta montaña.

KOBOLD MALOLIENTE Y KOBOLD ASTUTO

En el vallecito siguiente el gordo Kobold maloliente y Kobold astuto habían descubierto, cerca del sendero de la montaña, un agujero en la ciénaga lleno de barro. Allí era donde acechaban el retorno de Tatatuck para tirarlo dentro y cogerle su martillo. Kobold astuto había recubierto con helechos verdes el agua del agujero de la ciénaga de modo que nada quedaba al descubierto. Los dos acechaban al borde del escarpado sendero, en el punto en que éste salía del bosque para alcanzar el pantano en el fondo del valle. Estaban allí, echados en el barro desde el amanecer. Por turnos, estiraban sus grandes orejas, con ayuda de ambas manos, a fin de poder escuchar con suficiente antelación cualquier ruido que se aproximase. A la caída de la tarde, Kobold maloliente, a quien tocaba montar la guardia, se apoyó sobre un codo para estirar sus orejas. ¿Qué ocurría? Era un ruido de pasos, como si una tropa entera se aproximase. Le dio a Kobold astuto un empujón en las costillas, y dijo : “ ¡ Algo viene ¡ “ Se resguardaron ambos detrás de las cañas y escrutaron el sendero.

Como ya era la hora del crepúsculo en el bosquecillo, el cristal maravilloso que Tatatuck sostenía ante sí empezó a expandir una luz más viva. Cuando sus rayos tocaron los ojos de Kobold maloliente, espantado éste, dejó escapar un grito ahogado, rodó por el suelo de costado y se cayó en el agujero de la ciénaga recubierto de helechos. Kobold astuto se lanzó tras él y apenas tuvo tiempo de atrapar por la pelambarrera a Kobold maloliente para evitar que se hundiera hasta el fondo. Tatatuck se había detenido, muy sorprendido, pero sus tres kobolds se precipitaron hacia el agujero de la ciénaga. Kobold destrozón tiró de Kobold astuto, Kobold rojo tiró de Kobold destrozón, y Kobold verde tiró de Kobold rojo. Y así, entre todos, consiguieron sacar a Kobold maloliente del hoyo todo cubierto de barro.

“ ¡ Lavadle en el río ¡ “, gritó Tatatuck. Enseguida lo zambulleron en el agua corriente y espumeante del riachuelo. ¡ Qué contentos estaban los kobolds de Tatatuck ¡

¡ Ya tenían algo que hacer ¡ Limpiaron y rociaron a Kobold maloliente con tanta energía, lo lavaron y frotaron con arena y musgo tan bien, que todo hedor desapareció de él. Kobold rojo dijo : “ ¡ A partir de ahora podrás llamarte Kobold limpio ¡ “ Kobold astuto se acercó a Tatatuck para ver de cerca la luz del cristal que tanto le había asustado. Al dejar que la luz de sus rayos maravillosos penetrase en sus ojos, algo comenzó a crujiir y retumbar dentro de su cabeza de una manera sorprendente. Sus malos pensamientos partieron como el humo por arriba y tuvo la impresión de recibir un cráneo completamente vacío. Se fue dando saltitos de lado hacia una gran piedra y se puso a limarse en ella las uñas ganchudas.

Cola-Roja había trepado a un abeto nada más oír el primer grito y podía verlo todo desde arriba. Viendo lo que pasaba, apenas podía dar crédito a sus ojos. Poco después los cinco kobolds se habían reunido delante de Tatatuck y miraban al cristal luminoso. Tatatuck dijo : “ pronto se hará de noche. Me gustaría que franqueásemos la tercera montaña, antes de echarnos a descansar. “ Kobold astuto respondió : “ Llegaremos a “mi” valle. Conozco una gruta muy tranquila. Allí podremos tener todos un sitio para reposar “. Tatatuck le preguntó . “ Así, pues, ¿tú también quieres venir con nosotros? “

“ Me gustaría mucho “, respondió kobold astuto, “ el rojo me ha dicho que tienes alguna tarea para nosotros. “ – “ Así es, en efecto “, dijo Tatatuck . Pero no les dijo en qué pensaba al pronunciar esas palabras.

Sólo entonces se dio cuenta Tatatuck de que Ardilla no estaba allí. Gritó con voz fuerte: “ Cola- Roja, ¿dónde estás? Ven aquí; seguimos caminando “.

La ardilla saltó entonces del abeto directamente sobre la espalda de Tatatuck . Cuando éste reemprendió la marcha el regordete Kobold limpio se puso a llorar : “¿Por qué no puedo ir con vosotros? ¡Uh¡ ¡Nadie quiere llevarme¡ ¡Uh¡ Voy a empezar a oler mal otra vez. ¡Uh¡ “ Tatatuck le hizo una seña con la mano. “ Ven, pues, también para ti tengo algo en lo que poder ocuparte.” Y así fue como quedó formado el cortejo. Tatatuck iba delante con el cristal y Ardilla, detrás suyo seguían los cinco kobolds en el orden en el que se le habían ido uniendo en el camino de vuelta. Detrás de todo avanzaba el regordete pequeño Kobold limpio bamboleándose.

A medida que la noche cerraba, el cristal arco iris se hacía cada vez más luminoso. Del otro lado de la montaña, Kobold astuto los condujo a la gruta escondida , en la que había intentado, algunos días antes, robarle a Tatatuck el martillito. Los kobolds se durmieron rápidamente. Tatatuck rodeaba con uno de sus brazos el cristal

luminoso, sobre el otro se había aposentado Cola-Roja. Pero le fue difícil conciliar el sueño, y pensaba :

“ Mañana llegaremos al valle del Kobold engañoso y después al del Kobold Bribón. Con tal de que ninguno de ellos me robe el martillo en el último momento, o incluso mi cristal ¡”

EL BOSQUE DE ZARZAS DE KOBOLD ENGAÑOSO

Al día siguiente por la mañana, Tatatuck y sus compañeros bajaron por el camino que llevaba al valle de Kobold engañoso. De pronto el camino desapareció. Las zarzas impedían seguir avanzando. Kobold engañoso lo había de modo que los viajeros tuvieran que meterse entre los arbustos espinosos y se perdieran. Por cualquier lado que se bajase se acababa metido entre zarzas inextricables. Tatatuck dijo a sus kobold: “ He aquí un buen trabajo para vosotros. Subid de nuevo al bosque y armaros cada uno de un palo bien sólido. Nos serviremos de él para golpear las zarzas y abrimos paso hasta el puente de abajo. Al otro lado del agua ya no hay zarzas.”

Tatatuck no tuvo que decirlo dos veces. Los kobolds corrieron cuesta arriba tambaleándose en dirección al bosque, para ir en busca de ramas secas que les sirviesen para desembarazarse de los obstáculos. Abrieron así un camino dando golpes a diestro y siniestro. Los más fuertes eran Kobold destrozón y los dos kobolds peleones , el rojo y el verde. Kobold limpio iba detrás barriendo las espinas y los trozos de madera del camino con una rama de abeto. Tatatuck y Cola-Roja caminaban detrás de ellos, cómodamente y con toda seguridad, llevando el cristal y sin recibir un solo arañazo.

De pronto se oyó a Kobold destrozón llamar en voz alta desde la parte de delante : “ ¡ Ven, Tatatuck ¡ ¡ Aquí hay algunos que se han quedado enganchados en las espinas de las zarzas ¡” Todos habían dejado de dar golpes para adelantarse, llenos de curiosidad. Tatatuck vio, aprisionados en las zarzas, a varios pequeños kobolds a los que Kobold engañoso había hecho equivocarse de camino. Durante mucho tiempo habían intentado liberarse ; ahora estaban agotados, enganchados en los arbustos espinosos como trapos mojados puestos a secar.

Tatatuck ordenó : “ Liberadlos con precaución, porque están muy débiles.”

Uno tras otro fueron liberados y llevados ante Tatatuck . Y él, con su cristal, les fue iluminando despacio la cabeza, el pecho y los miembros. Lentamente empezaron a mirar en torno y a moverse un poco. Tatatuck les dijo : “ Si queréis podéis venir todos con nosotros. Sé de una tarea que podré encomendaros.” Todos asintieron con la cabeza, pues aún no habían recobrado la voz.

Y fue muy bonito ver a Tatatuck , a la cabeza de todos sus kobolds, atravesar el puentecito, al que había saludado de nuevo. Habían liberado a una docena larga de kobolds del bosque espinoso. Kobold destrozón lanzaba miradas furiosas en todas direcciones, con la esperanza de descubrir a Kobold engañoso. Quería enseñarle el daño que hace un arañazo. Pero éste había huido fuera del valle, al darse cuenta de que se habrían camino entre las zarzas.

EN CASA DE KOBOLD BRIBON

Se franqueó la última montaña. Los kobolds liberados de las espinas estaban tan débiles que sólo podían avanzar lentamente, cojeando. Los demás estaban cansados tras la lucha contra las zarzas, pero nunca se habían sentido tan contentos. Tatatuck dijo : “ Vamos a hacer una pausa, aquí en el valle, y a reposarnos. Después caminaremos mejor. “ Todos se tendieron sobre la hierba del valle, cerca de un tilo. Sólo Ardilla dijo : “ Yo no estoy cansada y voy a buscarme una avellana. “ Tatatuck se apoyó contra el tronco del árbol y observó cómo los kobolds se dormían uno detrás de otro. Había colocado el cristal sobre sus rodillas y metido el martillo en su cinturón.

En su excitación había olvidado por completo que en aquel valle vivía Kobold bribón, y él también se quedó dormido.

Kobold bribón se había enterado muy bien de la llegada de la tropa de kobolds, que habían bajado de la montaña con Tatatuck . Se acercó al tilo, deslizándose de arbusto en arbusto. Cuando estuvo cerca , reconoció enseguida a Tatatuck apoyado en el tronco del árbol. Este tenía las dos más cruzadas sobre el vientre, y debajo de ellas brillaba algo. Pero lo que interesaba sobre todo a Kobold bribón , era el martillito metido en el cinturón. Despacio, despacio, se acercó arrastrándose. Con un dedo tocó el mango por abajo, con otros dos tiró por arriba. Lentamente el martillito se deslizó en su

mano. Tan despacio y silencioso como había venido, Kobold bribón se fue furtivamente con su botín.

Cuando se disponía a desaparecer en el bosque cercano, Cola-Roja llegó dando saltos con una avellana entre los dientes. Con una mirada percibió al kobold desconocido y vio el martillo de Tatatuck en su mano. Dejó caer la avellana y, rápida como el rayo, le saltó a la nariz y la mordió como si fuera una nuez. Kobold bribón se asustó tanto que dejó escapar un agudo grito, soltó el martillo y se agarró la nariz dolorida.

Tatatuck y algunos kobolds se habían despertado sobresaltados al oír su grito. Al instante Tatatuck echó mano a su martillo. ¡ Había desaparecido ¡

Espantado buscó bajo el árbol. ¡ Nada ¡ Mientras tanto Kobold destrozón y Kobold rojo se habían lanzado en dirección al lugar de donde partió el grito. Cerca de un arbusto encontraron a Kobold bribón , cogiéndose la nariz con ambas manos. Debajo del tilo Tatatuck estaba fuera de sí. “¿Dónde está mi martillo? ¡Mi martillito¡ “ Kobold limpio inspeccionó con la mirada la copa del árbol, no fuera a ser que por casualidad se encontrase allí. Pero Cola-Roja llegaba en ese momento. ¿Qué traía arrastrando por el suelo? ¡El pequeño martillo perdido¡ Enseguida contó lo que acababa de pasar.

Tatatuck se inclinó, acarició al animalito y devolvió el martillo a su sitio. En ese momento llegaron Kobold destrozón y Kobold rojo, llevando entre ambos a Kobold bribón para presentarlo a Tatatuck . Todos los kobolds se pusieron en círculo alrededor del malhechor, mostraron el puño y le insultaron. Tatatuck se dirigió a él con estas palabras : “ ¡ Enseñame las manos ¡ “ Cuando Kobold bribón mostró sus manazas como palas, de largos dedos, Tatatuck colocó en ellas el cristal suavemente. Aquél abrió los ojos de par en par y dijo : “ ¡ Rojo bonito, amarillo bonito, azul bonito ¡ “ Porque sólo conocía el nombre de tres colores. De pronto sus dedos empezaron a temblar y gimió : “ ¡ Caliente, caliente ¡ “ Habría dejado caer el cristal si Tatatuck no lo hubiese cogido de nuevo con rapidez. Era la fuerza lumínica de la piedra que le quemaba las manos haciendo salir de ellas toda la malicia.

Kobold destrozón preguntó : “ ¿ Puedo arrojar a este pillo al río ?” Tatatuck respondió : “ ¡ Aquél de vosotros que no haya hecho nada malo puede arrojarlo al río ¡ “ Todos los kobolds bajaron los ojos, pillados en falta, y como vio que nadie se movía, Tatatuck prosiguió : “ ¡ Que venga, pues, con nosotros; también para él tengo algo que hacer. “

Y así un largo cortejo de kobolds se puso en camino. Era bonito verles caminar, cuando llegaron al puentecito cerca del riachuelo, con Tatatuck a la cabeza llevando el cristal y con la ardilla al lado, y ... trap, trap, trap, detrás suyo los kobolds, en el orden en el que los había recuperado. El último de todos caminaba ahora Kobold bribón . Llevaba ahora una flor en las manos, cogida en el borde del camino. “ Mejor así “, pensó Tatatuck , “ si le coge gusto a coger flores se olvidará de robar. “

LOS KOBOLDS ENCUENTRAN TRABAJO

Tatatuck había reflexionado en lo que debía hacer con todos estos kobolds, y se le había ocurrido que debía llevarlos a todos al Señor de las raíces : “ El tendrá para ellos trabajo en abundancia y, con esas manos y dedos que han hecho tantas tonterías, podrán estirar y tirar de las raíces grandes y pequeñas. Así olvidarán su aburrimiento. Y si ven que, gracias a su trabajo con las raíces, crecen hermosas plantas y árboles fuertes, también le cogerán gusto.” Tatatuck dirigió, pues, sus pasos hacia esa parte del bosque donde sabía que se encontraba el Señor de las raíces. Debajo de un roble enorme estaba sentado un enano vigía y mensajero. Tatatuck le confió la misión de comunicarle al Señor que había vuelto. El mensajero echó a correr como una flecha, tan rápido como el vuelo de una abeja. Tatatuck ordenó a todos los kobolds que se sentasen sobre las raíces del roble. Dijo : “ ¡ Escuchadme bien, vosotros, mis kobolds ¡ Pronto va a venir aquí, junto a nosotros, el Señor de las raíces, que es sabio y trabajador. Le serví durante muchos años hasta que emprendí el viaje a la montaña de cristal. El os mostrará todo el trabajo que hay que hacer bajo tierra, y que podréis realizar allí donde él os lleve. Un día, tal vez, mucho más tarde, podréis merecer el tener también vosotros un martillito que os pertenezca. En cuanto a mí, tengo que continuar mi camino y llevar mi cristal al castillo del rey. “

Apenas Tatatuck había terminado de hablar cuando vieron aproximarse al Señor de las raíces con su larga barba y su bastón nudoso. Una sonrisa de oreja a oreja estiró sus boca cuando vio a Tatatuck y a sus numerosos kobolds. “ ¡ Pero si es Tatatuck ¡ ¡ Rayos y centellas ¡, ¿qué cristal maravilloso tienes ahí? ¿ Conseguiste lo que te proponías ?¿ Lo has cogido en la séptima montaña ?” Tatatuck respondió : “ En efecto, y por el camino he encontrado a todos estos kobolds que, hasta ahora, no sabían realmente qué

hacer en este mundo. Te los traigo para que les encuentres trabajo y les des alegría en el reino de las raíces.” El Señor de las raíces preguntó : “No parecen sentirse muy cómodos. ¿Saben reír por lo menos? “ Tatatuck observó : “ Hasta ahora sólo han sabido reír en son de burla. ¡Tú también les enseñarás a reír y a alegrarse! “ Entonces todos los kobolds se pusieron a carcajearse haciendo muecas. Aquello sonaba como balidos y graznidos, pero ya podían reconocerse algunos sonidos de risa.

“Bien”, dijo el Señor de las raíces, “que vengan conmigo.” Golpeó tres veces sobre una raíz del roble con su bastón nudoso. El suelo se abrió lentamente, formando como una caverna. Empezó a bajar y les hizo una señal. Pero todos quisieron tocar el cristal por última vez y estrechar la mano a Tatatuck . Este les prometió visitarles un día de invierno y contarles lo que el rey de los enanos hubiese dicho del cristal; entonces siguieron a tientas al Señor de las raíces dando saltitos. Cuando el último hubo desaparecido bajo tierra, pudo verse todavía una mano que se agitaba sosteniendo una flor; luego la abertura se cerró.

Tatatuck estaba solo. ¿Dónde se había metido Cola-Roja? La vio sentada muy triste en un roble cercano. “¡ Cola-Roja ¡ ¿Qué te ocurre?” La respuesta, triste, le llegó desde arriba : “ ¿ Ahora tengo que quedarme sola en este bosque desconocido ? ¿No puedo acompañarte? “ - “ ¡ Claro que sí, Cola-Roja ¡ Tú recuperaste mi martillo, hiciste avanzar la barca remando con tu cola sobre el lago de cristal, sin ti nunca hubiera llegado a la séptima montaña. ¡ Siempre seremos amigos ¡ ” Cola-Roja dio entonces un salto enorme, llena de alegría, desde lo alto de la rama hasta el hombro de Tatatuck . Este se puso en marcha para ir al encuentro del Señor de los cristales.

RETORNO A LA GRUTA DE LOS CRISTALES

Para llegar a las grutas de piedras preciosas del palacio real, Tatatuck tenía que meterse bajo tierra. Allí, su cristal de siete colores brillaba de manera tan maravillosa que, de todas partes, se acercaron enanos de la tierra y de los cristales para admirar su luz. Un enano mensajero ya había anunciado su llegada. Por eso el Señor de las piedras preciosas, lleno de curiosidad, salió a la entrada de la gruta para saludar al viajero. Apenas percibió cómo brillaba la luz del cristal arco iris, alzó ambos brazos y palmeó una mano contra la otra por encima de su cabeza. Se acercó a Tatatuck con los brazos

abiertos. Sin lograr pronunciar palabra tendió sus dos manos en forma de copa. Tatatuck depositó en ellas el cristal maravilloso y dijo : “ Helo aquí, Señor de las piedras preciosas; procede de lo más alto de la séptima montaña. Y he aquí mi martillito, que he podido traer de nuevo. “

Sólo entonces el Señor de los cristales miró realmente a Tatatuck , cuyo rostro coloreado irradiaba luz. Dijo : “ ¡ Lo que has hecho es magnífico, querido Tatatuck ¡ ¡ Yo mismo, nunca había visto un cristal tan hermoso ¡ ¡ Es en verdad un cristal digno de un rey ¡ ¡ Una turmalina ¡ Vamos a llevársela al rey inmediatamente. “

El Señor confió a un mensajero la misión de anunciar su visita al rey. Después preguntó: “ ¿ Qué hace esa ardilla sentada en tu hombro ? “ Tatatuck respondió : “ Sin ella nunca hubiera podido traer el cristal. Ha sido una ayuda maravillosa. ¿ Puedo llevarla conmigo? “ El Señor de los cristales respondió : “ Si te ha ayudado, tiene que acompañarte. ¡ Vamos ¡ “

Puso entonces el cristal en las manos de Tatatuck : “ ¡ Tú eres quien lo ha encontrado; tú se lo llevarás al rey ¡ “

VISITA AL REY

Cuando se encontraron de nuevo bajo tierra, Tatatuck dijo a la ardilla : “ Cola-Roja, ve a la raíz del gran roble que penetra con tanta fuerza bajo tierra y espérame allí. No puedes entrar en la sala de los cristales del palacio real. Me reuniré contigo más tarde.”

En ese momento, en la sala de los cristales, tenía lugar una reunión del rey y sus consejeros. Cuando el Señor de los cristales se dirigió hacia la puerta del castillo con Tatatuck , éste sostenía con precaución su tesoro luminoso en las manos. Allí, bajo tierra, el resplandor era mucho más intenso que fuera, a la luz del día. Cuando llegaron a la puerta, los guardias se apartaron respetuosamente delante del Señor de los cristales. Este sacó su martillo y golpeó tres cristales de diversos tamaños. Cada uno tenía un tañido diferente y sonaban como campanas. Así era como solía anunciarse. La puerta se abrió y un servidor salió de la sala. Al ver al Señor de los cristales, se apartó para dejarlo

pasar; pues sabía que éste tenía derecho a ser recibido en cualquier momento por el rey. El Señor de las piedras preciosas dijo a Tatatuck : “ A partir de ahora camina justo detrás de mí. Quiero darle una sorpresa al rey. Cuando llegue delante del trono me apartaré a un lado y él te verá entonces con el cristal arco-iris. ¡ Cómo se asombrará ¡ Entonces, tú doblarás una rodilla ante él y depositarás el cristal a sus pies. Lo que pase luego, ya se verá.”

Dicho y hecho. Cuando entraron ambos en la gran sala de la gruta, Tatatuck quedó muy sorprendido por la luz de los cristales que brillaba por todas partes y sobre todos las paredes. Estaba bien escondido detrás del gran Señor de los cristales. Cuando el rey Barba de Plata vio al Señor le hizo un signo amistoso y dijo : “ Señor de los cristales, no sueles venir a estas horas. ¿Qué te trae por aquí?”

El Señor respondió : “ Rey y señor, traigo un mensaje de la séptima montaña. Nunca lo hubiera imaginado : uno de nuestros pequeños hermanos logró llegar hasta allí. ¡ He aquí la prueba ¡” Y diciendo estas palabras el Señor dio un paso de lado, dejando a la vista al pequeño Tatatuck , quien alzaba las manos portando el maravilloso cristal de siete colores. Gran asombro se propagó por el círculo de consejeros. Lentamente el rey se alzó de su trono y admiró en silencio la maravilla de cristal.

Siguiendo las indicaciones del Señor, Tatatuck se acercó lentamente al trono del rey y ya se disponía a depositar el cristal a sus pies : “ No “, dijo el rey, “ ¡ ponlo en mis manos ¡ “ . Al coger el cristal tomó también las manos de Tatatuck en las suyas y permaneció así un largo rato. Tatatuck vio el bello rostro blanco y plata brillar ante él con los siete colores. Suavemente el rey tomó entonces el cristal de las manos de Tatatuck y fue a sentarse sobre el trono. Preguntó : “ ¿Cómo te llamas, mi pequeño hermano enano?” Y una voz fuerte y clara le respondió : “ ¡ Ta-ta-tuck ¡ “.

El rey dijo : “ ¡ Tatatuck , cuéntanos lo que pasó a lo largo de tu viaje a la séptima montaña ¡ “ A su señal, dos servidores trajeron un taburete de cristal para el narrador y lo instalaron cerca del trono. El Señor también se sentó, y Tatatuck contó entonces al rey y a sus consejeros las aventuras que había vivido desde el día en que el Señor de las raíces le había dado su permiso.

Durante todo el relato, el rey guardó el cristal de color arco iris sobre las rodillas. Parecía que al rey le complacía sobre todo escuchar cómo Tatatuck había conseguido apaciguar a casi todos los kobolds en el camino de vuelta con la luz del cristal. Cuando describió cómo había podido confiarlos al Señor de las raíces y cómo se habían

convertido en enanos de las raíces dispuestos a ser de utilidad, los consejeros, transportados de alegría, se pusieron a golpear con sus martillitos los taburetes de cristal, de manera que sólo se oían cling y clang por todos lados.

Tatatuck había terminado su relato. El rey le hizo signo para que se acercara y dijo : “ ¡ Muéstrame tu martillito ¡ ” Tatatuck lo puso en la mano del rey. Este lo deslizó bajo su manto de color dorado. Cuando lo volvió a sacar, Tatatuck vio que su martillo estaba completamente cubierto de oro. El rey dijo : “ Señor de las piedras piedras, tuviste buena idea al confiar esta misión a Tatatuck . Escogiste para ella a quien convenía. ¡ Cuántos antes que él abandonaron ¡ - En cuanto a ti, querido Tatatuck, serás desde ahora uno de mis buenos servidores en el castillo. Pero hoy tienes todavía permiso para expresar un deseo.”

Tatatuck no lo pensó demasiado y dijo : “ Rey y señor, sería mi deseo poder tener cerca de mí a mi ardilla , y que cada día pueda subir con ella un rato al bosque, para que pueda encontrar sus avellanas y piñas. Y después podría, noble Señor Rey, construirse su nido aquí, bajo las raíces del gran roble. “

El rey respondió, sonriendo : “ ¡ Que se cumpla tu deseo ¡ Pero me gustaría conocer a tu valiente ardillita. ¡Hazla entrar ¡” Tatatuck fue conducido al exterior por un servidor. Llevaba en su mano su martillito de oro.

Fuera, a la ardilla , ansiosa, se le hacía larga la espera. “ ¿Va a volver realmente? “ Cuando el enano llegó a las raíces del roble, la ardilla saltó a sus brazos, llena de alegría, girando como un remolino. Tatatuck dijo : “ Cola- Roja, ¡ pórtate bien ¡ Tengo que presentarte al rey. “ La ardilla se calmó al instante y se dejó llevar hasta la sala de la gruta. Enroscó su colita y dijo con vocecita temerosa : “ Tatatuck , yo no podría vivir entre estas frías piedras. No hay ni una sola avellana por aquí ¡ “ Tatatuck la consoló, diciéndole : “ No, no, podrás construirte el nido en las raíces del roble, y además abriré una salida para ti desde la gruta, de modo que puedas salir al bosque siempre que quieras. “

Cuando Tatatuck llegó ante el trono real con su animalito, se arrodilló sobre un escalón, para permitir que el rey viera bien a Cola-Roja, y el rey pasó suavemente su mano sobre su lomo y le dirigió palabras llenas de amabilidad. Tatatuck tuvo la impresión de que el pelo de la ardilla había recibido un brillo dorado, pese a que seguía siendo de color marrón.

El rey dijo : “ Tatatuck , tu primer trabajo en el castillo será insertar el cristal color arco iris en lo alto del trono, en el centro, con la ayuda del Señor de los cristales. Su luz nos alegrará de continuo y nos aportará paz. Así como los diferentes colores brillan en el cristal con un solo resplandor y en común armonía, así los seres diferentes aprenderán un día a resonar juntos. Esa será también nuestra meta en el reino de los enanos. Pero por hoy , ocúpate de que tu ardilla se construya un buen nido en las raíces del roble.”

El rey levantó la mano en signo de adiós. El Señor de los cristales y Tatatuck se inclinaron, Cola-Roja agitó su cola, y dejaron la sala de los cristales.

Una vez fuera, el Señor fijó con Tatatuck el momento en que volverían a encontrarse. “

Mañana por la mañana, a la salida del sol, deja subir a tu ardilla al bosque ; yo vendré a buscarte entonces para que trabajemos juntos en el trono real. El cristal brillará por encima del rey como una corona con los colores del arco iris. “

Tatatuck se dirigió con Cola-Roja a las raíces entrelazadas del roble. No tuvo que excavar mucho tiempo hacia arriba para desembocar en el interior de un árbol hueco. Con ayuda de algunas hojas secas pudieron instalar allí un nido blandito. Una estrecha galería lo unía al reino de los enanos, la otra se elevaba hacia el bosque. El nido no habría podido estar mejor colocado. Así, cuando el cansancio los venció a los dos, se echaron a dormir en la gruta formada por las raíces del roble.

LOS KOBOLDS DESCIENDEN BAJO TIERRA

Tres días más tarde el cristal arco-iris estaba insertado en el trono del rey y derramaba su suave resplandor. Tatatuck tenía curiosidad por saber cómo se comportaban sus kobolds en el reino de las raíces. Se dirigió al lugar donde los había despedido. Al lado de un abeto se metió bajo tierra, en el reino subterráneo. ¡ Oh, con qué entusiasmo los kobolds que él había liberado del bosque de espinas estiraban y tiraban de las raíces ; De pronto vio a kobold bribón. ¿ Qué estaba haciendo ? Tenía delante suyo piedrecitas blancas y las iba envolviendo con raicillas finas de modo que algo de blanco quedaba siempre a la vista. ¡ Qué alegría, cuando vio a Tatatuck ; Este le preguntó : ¿ Qué estás haciendo ? - “ ¡ Son mis piedras preciosas blancas, que me gustan mucho ; Para que nadie me las quite las rodeo de raíces, de modo que sólo se ve el blanco en algunos sitios. ¡Es muy divertido !”

Tatatuck siguió su camino y encontró a Kobold astuto, deshilachando cada raíz . “¿Qué estás haciendo?”, preguntó Tatatuck . Kobold astuto guiñó los dos ojos, con aire

malicioso, y dijo : “ De una raíz puedo hacer dos, y si de cada una de ellas puedo hacer otras dos, ya son cuatro, y puedo seguir así. “ “ ¡ Caramba ¡ ¡ Pronto sabrás contar más de diez ¡ “ – “ No, nunca he llegado más allá de ocho “, respondió haciendo una mueca.

Siguió su camino y encontró a Kobold limpio, acostado de espaldas y removiendo algo de arriba con sus dedos. “¿Qué estás haciendo?, preguntó Tatatuck. “ El Señor de las raíces me ha confiado el cuidado de las raíces más finas. Allá arriba crece un pequeño lirio blanco del bosque. Cuando florezca, tal vez sólo en primavera, podré ir a verlo. ¡ Es muy entretenido¡ “

Siguió su camino y encontró a Kobold destrozón. Estaba rodeado de muchas raíces. “¿Por qué haces nudos a las raíces?”, preguntó Tatatuck . Kobold destrozón respondió : “Son raíces de avellano. El Señor de las raíces me ha explicado que cada nudo que hago aquí abajo en la raíz puede convertirse en una avellana allá arriba, para las ardillas. ¡ Es divertido hacer nudos para Cola-Roja ¡ “

Siguió su camino y llegó a los kobolds peleones verde y rojo. El Señor de las raíces los había colocado entre las raíces entrelazadas de un roble. Tatatuck preguntó : “ ¿Qué hacéis vosotros aquí? “. Ellos respondieron : “El roble endurece la tierra con su dura madera. Nosotros removemos constantemente la tierra delante de las puntas de las raíces para hacerla esponjosa y permitirles así que sigan creciendo. El que consigue la raíz más larga al final del día, puede darle un golpe en las patas al otro por la noche. “ Tatatuck preguntó : “Pero, de ese modo, ¿no os hacéis daño el uno al otro igualmente?”

– “ No importa. ¡Nos divertimos¡ “

A lo largo de su pequeño recorrido por el reino de las raíces, Tatatuck se dio cuenta de que todos sus kobolds estaban muy ocupados. Y en esto vio al Señor de las raíces que se acercaba . Tatatuck le preguntó : “ ¿Qué piensas de los kobolds? Veo que todavía no has echado a ninguno.” – “ No, “ respondió el Señor de las raíces, “ puedes incluso traerme otros parecidos. Desde que están trabajando en nuestro reino, lo pasamos divinamente. “

Por la noche, en el nido, en el hueco del roble, Tatatuck contó a la ardilla con cuánto entusiasmo los kobolds trabajaban en el reino de las raíces. Cuando le habló de Kobold destrozón y de sus nudos, Cola-Roja exclamó : “¡Conozco ese avellano gigante. En él crecen muchos cientos de avellanas. Cuando estén maduras, tendré provisiones para medio invierno por lo menos, gracias a ese arbusto.”

Cuando se echaron a dormir, Tatatuck dijo : “ Cuando en el bosque los árboles pierdan sus hojas, y cese el trabajo de tirar de las raíces, habrá llegado el invierno. Entonces iré en busca de mis kobolds y les mostraré las maravillas de las profundidades de la tierra : las grutas de los cristales, las piedras preciosas, los filones de oro y plata. Tal vez, en el corazón del invierno, el rey me dará permiso y podré dejarles mirar por una ventanita en el interior de la sala real, para que vean el cristal arco iris en lo alto del trono. Sí, en mitad del invierno, mirar... a través... la ventanita... “

FIN

Revisión y aportación de
Clara Quispe